



Artigas, María E. "Reseña bibliográfica: Sylvia Iparraguirre, *La vida invisible*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2019, vol. 8, n° 15, pp. 204-206

Sylvia Iparraguirre
La vida invisible
Buenos Aires
Ampersand
2017
133 pp.



María Emilia Artigas¹

Recibido: 21/12/2018

Aceptado: 30/12/2018

Publicado: 08/03/2019

Una vida en clave de lectura

La vida invisible de Sylvia Iparraguirre es uno de los ejemplares de la Colección Lector&s, dirigida por Graciela Batticuore, que busca explorar los lazos entre la vida y la lectura de un conjunto de autores argentinos, latinoamericanos, europeos. En el cruce entre ensayo y autfiguración, Iparraguirre, como Daniel Link o Alan Pauls (cuyo libro *Trance* es reseñado en este mismo número de la revista) en otras ediciones, nos sorprende con un ensayo sobre la lectura en el que podemos reconocer la vida intelectual de la escritora de *La tierra del fuego*.

Este ejemplar de la mencionada colección, como todos, comienza en clave autobiográfica y propone una lógica de lectura en la cual, por medio de evocaciones literarias logra la identificación con la autora por parte de los lectores. El espíritu del libro es expresar o narrativizar, de manera más vivencial que teórica, la cartografía de una vida atravesada por la literatura en la que profesión, amor y existencia no quedan al margen de la premisa que irriga el ritmo del texto: la literatura es un acontecimiento vital.

Los ocho capítulos que dividen *La vida invisible* de Iparraguirre dan cuenta de su infancia, sus estudios, la relación amorosa con Abelardo Castillo, sus preferencias poéticas, ciertos encuentros significativos junto con algunas fotografías ilustrativas de su relación con la lectura. Tales contenidos se vuelven singulares dado que

¹ Profesora en Letras (UNMDP). Contacto: meartigas@hotmail.com

para pensar todas estas situaciones podría imaginarse este ensayo como un mapa vertebrado por tres prácticas o ejes más generales –los tres vitales y literarios–: la soledad de la lectura, el diálogo como lectura y la escritura como espacio en el que se imbrican estas dos dimensiones individuales y/o sociales.

Esta obra se inicia con la justificación del título: la vida invisible para Iparraguirre es la vida de la lectura en soledad, al resguardo de los prejuicios que pudiera albergar su actitud intelectual en los primeros años de su infancia hasta la adolescencia. La autora, en estos primeros capítulos, expone episodios vinculados con el bagaje enciclopédico heredado en forma de bibliotecas: la paterna y la de su abuela en un pueblo perdido de la provincia. Estas escenas iniciáticas se vuelven emocionantes puesto que están nutridas de anécdotas acerca de cómo se adentró en el camino del placer por la lectura. Allí aparece su padre convidándole el humor verbal de Góngora, la ruralidad de Martín Fierro al alcance de su mano desde temprana edad, las revelaciones extremas de los personajes de Daniel Defoe que prefiguraron su camino como escritora:

A través de los años, fui accediendo a cierta completud de Robinson, que me llevó a un conocimiento más aguzado de mí misma: el aprendizaje de la soledad, no como desamparo sino como una de las dimensiones ineludibles del ser, aquella alimentada y construida por las experiencias intransferibles que se encuentran en el límite del lenguaje. (19)

Podemos, a partir de esa confesión, adentrarnos en una constitución de la identidad consciente del valor del lenguaje y de la necesidad imperiosa de escribir sus lecturas una vez acabados ciertos libros, deseo que se vincula innegablemente con sus vivencias junto a las bibliotecas familiares desde que era muy pequeña. En relación con la dimensión lingüística y su proble-

matización aparece Borges (profesor primero, escritor admirado en segundo término) como el protagonista del apartado “Un profesor”. En éste se evidencia una subjetividad que ingresa, que se deja atravesar por el universo Borges –cuya primera revelación es menos intelectual que existencial–. Iparraguirre describe de esta forma su admiración por el autor, y si bien ya había manifestado en otros pasajes su fascinación por otros escritores canónicos como Echeverría o Tolstói, es sin dudas Borges el eje que interpela y atraviesa inexorablemente su vida como estudiante en sus primeros años de la carrera de Letras. Introduce su figura por medio de una entrañable anécdota en la que se ve la sencillez con la que Borges, profesor, entablaba relación con sus alumnos, que sin dudas se sentirían cohibidos en los estresantes trances de sus exámenes orales. A partir de ese Borges que acuerda con ella (alumna) la nota de un final, entramos, de este modo, en los tiempos universitarios de la autora, momento clave de su existencia puesto que es en las aulas también, en un práctico de Literatura Argentina, donde conoce a su pareja Abelardo Castillo. Aquí aparecería otro segundo guía/maestro. Este escritor se construye como un tutor, amor, compañero e interlocutor posible de sus lecturas. A partir de esa unión parecería haber acabado el carácter solitario de la práctica lectora de Iparraguirre, lo invisible se vuelve un ejercicio dialógico real: conversa con grandes escritores, se ríe con Cortázar, visita a Lawrence Ferlinghetti, entonces ese universo borgiano y teórico de la academia se amplía y comienza a orbitar y a complementarse con el de Castillo. Es interesante detallar que esa vida narrada desde, y entre los libros de su pareja, da cuenta de la experiencia en clave de cotidianidad. En esa intención hallamos otro valor del libro: los lectores tenemos acceso a los hábitos intelectuales y gustos de otro de los grandes escritores de nuestro país. Nos revela la autora su dinámica de intercambio, el modo en que discutían sobre ideología y literatura, incluso sobre sus

producciones escritas, sus borradores, siempre a partir de una crítica constructiva pero sin indulgencia. Se desprende de estas anécdotas la premisa de que la literatura es una dimensión vital.

El capítulo “Álbum” junto con “Diario de libros” y las obras que aparecen mencionadas al final de su trabajo permiten pensar en un inventario de lectura que propone un doble juego: a la vez que accedemos a los universos literarios de la autora, podemos pensarnos en esos universos como transeúntes o foráneos en una lista que por ser compartida se vuelve o bien una evocación conjunta, o bien un imperativo de lecturas. El apartado “Álbum” es sorprendente porque rompe con la lógica narrativa y el ordenamiento de sucesos para develar una selección de poesías de una gran diversidad y universalidad con la que Iparraguirre expande una topografía poética que abarca desde Fernando Vallejo hasta Rainer Maria Rilke, pasando por Jaime Huenún, Nazim Hikmet y Alejandra Pizarnik. Traza Iparraguirre entonces un tejido de lecturas, nos ilustra una forma poética de pensarse en el mundo.

Consciente de la importancia del tránsito por la universidad –aunque no haciendo de dicho tránsito el único recorrido de estudios loable– en “La vida académica” dedica su escritura al recuerdo de sus lecturas teóricas. En esa incursión por los textos académicos, Bajtin cobra significativas dimensiones sobre todo de la mano de una anécdota que la anoticia de la suerte del teórico ruso en los años ’60 y que por consiguiente nos pone en conocimiento a todos aquellos que compartimos con Iparraguirre la admiración teórica por Bajtin. De esta forma, los apartados “De la vida académica y otros sucesos” y “*Ana Karenina*: una lectura” se complementan, puesto que bajo el influjo de la teoría bajtiniana ensaya una interesante lectura sobre la novela de Tolstói en la que subraya la multidimensionalidad, la perfección de los procedimientos narrativos y el panóptico realista que hace de este texto uno de los grandes de la literatura.

Sobre el final de su ensayo, bajo el título de “Diario de libros”, nos encontramos con un listado no cronológico y que recrea un universo lleno de puntos nodales, ineludibles en toda biblioteca. Iparraguirre distingue en ese universo, por ejemplo, la frialdad de Roth, la profundidad de Camus, la tenacidad femenina de las Brontë. También subraya a Faulkner, que nos brinda una visión nueva de lo conocido, De Quincey como un escrutador, el humor corrosivo de Woolf, el desorden que le provocó la lectura de Lispector. Detalla, de igual manera, sus incursiones por la literatura latinoamericana: Puig y su relación con el cine y la música, Donoso como el hacedor de metáforas infernales, rescata el estilo torrencial, la desmesura en Carpentier. Se conforma así un aleph de clásicos de acuerdo con la memoria de la autora.

Paulatinamente, *La vida invisible* va volviéndose un trabajo escriturario menos narrativo y más ensayístico. Sobre el final aparece un guiño ficcional: deja de contar su vida para darle paso a la literatura, a la voz poética de William Wordsworth, cuyo apellido indicaría el valor de la palabra, que parece expresarla mejor. De algún modo todo lector tiene una travesía enciclopédica para contar. Cuando un escritor de la talla de Iparraguirre construye una genealogía de sus lecturas también inventa un modo de reescribir y releer los clásicos universales y nos obliga a cuestionar nuestros propios itinerarios bibliográficos.